

Carlos Ruiz-Tagle:

Cuentos de Santiago

Por Ignacio Valente

Carlos Ruiz-Tagle es un buen narrador que dispuso su prosa y su agudeza en dos novelas de mediana factura, y que ha sabido concentrar esas energías en el cuento, de preferencia corto, laconico, esencial: el género que más cuadra a su sentido del detalle, a su observación discontinua y penetrante del mundo, a su facilidad para crear situaciones de contornos limitados —verdaderos cuadros o estampas— donde se trazan en sucesión rápida y apretada la ironía y la ternura.

El autor se nos presenta ahora en una nueva plenitud de forma, en el trabajo de un género de tono menor, cuya riqueza y variedad alestiga la ecuación exacta entre su don creador y el tipo de relato —breve, agudo, quínteseñado— que más le favorece.

El título de este libro (Editorial Nascimento) puede dar una impresión equívoca. No se trata de reconstruir la vida múltiple de Santiago en un mosaico de dimensiones panorámicas. La ciudad aparece sólo como un remoto telón de fondo en estos cuentos de estructura autosuficiente, cuya substancia humana se tiene en pie por sí misma en cada caso. Los elementos más locales y pintorescos se dibujan a la distancia, como un trasfondo implícito: el organillero de barrio que toca las melodías de siempre, la subida al San Cristóbal, el toque de queda, el puesto en La Vega, el rugido del león del zoológico en el barrio Bellavista... Y, sin embargo, estos relatos recorren hondamente la atmósfera de la ciudad en su cara más interior y verdadera, justamente porque el hilo que los refina —un hilo fuerte y unitario— no consiste en pintoresquismos externos, sino en la autenticidad de sus climas y en el acierto psicológico de sus caracteres, intransferiblemente santiaguinos.

Es típica de Carlos Ruiz-Tagle y a la vez de nuestra ciudad la selección de realidad que opera en estos relatos. El autor no tiene ojos para lo que, en la capital, pudiera considerarse importante, clave, principal. Su mirada precisa se dirige a las pequeñas gentes, tan plóticas de humanidad como marcadas por una suerte de marginalidad cívica; seres que viven en los suburbios de la vida, no tanto en el sentido externo cuanto en la verdad interna y humana de su situación, que el autor rescata primeramente de su inapariencia, para hacerlos protagonistas de una odisea que a menudo se proyecta sobre amplios horizontes morales: la vieja manna, el pobre diablo disfrazado de apache para hacer publicidad de una tienda, el moribundo que prepara su propio velorio, el mendigo, la olvidada viuda del poeta, gentes de circo, el conferencista sin público, el hombrecillo que tira del carro, el organillero...

En torno a estos seres, de poca monta, con sus alegrías y dolores señalados por la más implacable cotidianidad, Carlos Ruiz-Tagle crea un mundo humano de vastas dimensiones. El prodigio ocurre por obra de dos sentimientos dominantes que aparecen, bajo mil formas distintas, en todos los casos: por una parte la ironía y la comicidad, capaces de rescatar a los personajes de sus experiencias más sórdidas; por otra parte la ternura y la emoción, que evitan el deslaminamiento de sus tipos humanos hacia lo grotesco o lo esperpén-

tico, y nos lo presentan conmovedoramente a la altura de nuestro propio corazón. Es asombrosa la rápida sucesión —a veces verdadera identidad— de lo emocionante y lo gracioso, de lo estremecedor y lo hilarante. Desde otros autores de nuestro medio se hubieran despedido por la pendiente del esperpento, Ruiz-Tagle exhibe casi siempre —con apenas una o dos excepciones— una sabia medida, que retiene a los personajes en su verdadero ser, y les arranca, a partir de su verosimilitud, delicados destellos de humanidad y, a ratos, aún de poesía.

Resulta curioso y decidir que los momentos más divertidos no se den tanto en los relatos que parecen más expresamente hechos para reír, ni que los momentos más emocionantes se den en los relatos más dramáticos; unas y otros se producen en cualquier momento, en forma imprevista, a veces incluso simultánea, y por eso se dan mejor, más plenas de gracia y de ternura. El autor es, como queramos, un humorista nato con ribetes sentimentales, o un trágico que nunca se desprende del sentido del humor. Ha experimentado el mundo de la ciudad desde el ángulo de ambas perspectivas, con un don tierno y cómico de observación, que no pierde detalle útil para configurar esta geografía interna de Santiago, más poderosa que cualquier pintoresquismo exterior. Aun lo típico y lo tónico se le convierten en signo de un dolor oculto o de una risa escondida, en cifra de una humanidad sufriendo que no por eso carece de manifestaciones cómicas.

Siendo a ratos desiguales, como no podían dejar de serlo, estos veintidós cuentos, hay uno que se erige sobre lo conmovedor y lo divertido para alcanzar las proporciones de lo trágico. En "Acabar con Marilyn" el autor ha realizado la proeza de describir la locura desde el interior del personaje demente, con el doble resultado de revelar su misteriosa coherencia interna y, a la vez, de cara al mundo, su carácter absurdo y aterrador, sin necesidad de decir una palabra que califique al loco desde fuera de su pasión. Yo diría que, cuanto más "inventados" son estos cuentos, mejores son.

En cambio, "El Gran Poder", casi el reportaje periodístico de una curandera a lo Yamillet, con todo su verismo y sus antecedentes obvios, no consigue la riqueza de otros relatos más enteramente ficticios, que curiosamente resultan también más reales, como ocurre en el disparatado pero hermosísimo cuento del loco que frecuenta el Palacio del Disco.

Es notable la variedad de estas narraciones, su angustia de registro, su rápido cambio de escenarios, su vertiginosa sucesión de psicologías. Teniendo sin duda la unidad que el título sugiere, ocasionalmente hay uno u otro cuento que suenan a repetición dentro de su designio común de revelar la humanidad de los pequeños seres anónimos que pueblan la capital. La prosa de estos relatos es más esmerada que la de anteriores libros del autor, aunque no está libre de ciertos descuidos. Ruiz-Tagle es un cualificado prosista que se empuja a veces en escribir voluntariamente en forma desahogada. Ahora, por fortuna, no lo ha conseguido, o no lo ha querido. El resultado es una obra hermosa de lenguaje y llena de humanidad y de afecto.

EL MERCURIO. SANTIAGO. 21-IV-1912. P. 111

711 802

Cuentos de Santiago [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuentos de Santiago [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa